La aventura de leer

La primera novela de Christopher Morley es adecuada a la leyenda cultural de EE UU, rica en pioneros de todo tipo y condición

:: GERARDO ELORRIAGA

La sorprendente decisión de Helen McGill, una mujer de mediana edad que cambia su apacible rutina al cuidado de una granja por la aventura de recorrer los caminos al mando de una librería ambulante adquirida a un curioso sujeto, nos sugiere muchas referencias ligadas a la literatura norteamericana de viajes y a cierta epopeya genuinamente nativa.

La determinación y locuacidad del primer propietario de la caravana y de la emprendedora evocan mitos e iconos característicos de aquella cultura. Inmediatamente rememoramos la imagen del explorador arrojado o del buscavidas ducho en todo tipo de argucias. Su personalidad recuerda tanto al mercachifle que recorre los poblados vendiendo pócimas y ungüentos milagrosos como al predicador solitario y mesiánico empeñado en redimir las almas que encuentra en su errático vagabundeo. En sus experiencias con los potenciales clientes se percibe asimismo una vena lírica, reflejada en los bienintencionados propósitos, en ese ánimo de reconfortar a las gentes con libros adecuados a su carácter.

La novela nos trae ecos de Walt Whitman y Mark Twain, de cierta comunión con la naturaleza y de individuos que rinden culto a sus sueños y a la pasión, de paisajes bucólicos y tipos de otra época. Ese dibujo encuentra su escenario adecuado en una idílica Nueva Inglaterra, región fundamentalmente rural incluso en los albores de la Primera Guerra Mundial, cuando fue escrita la obra. En 'La librería ambulante' también hay alusiones al espíritu tradicional de los Estados Unidos, el país de las ilusiones, de los individuos que creen en las utopías y la ética protestante. Sus páginas destilan el encanto de las gentes hospitalarias y de forasteros singulares que les descubren un nuevo mundo leyéndoles textos al calor de la chimenea. A ese respecto, resulta imposible no aplicar los rasgos de James Stewart al personaje de Roger Mifflin, el idealista inventor y primer propietario del vagón que da título a la obra, e imaginar que nos hallamos ante el guión de una película bienintencionada de Frank Capra. Cuando el vendedor asegura que una buena biblioteca hace feliz a una esposa, proporciona un negocio redondo a los hijos y da la oportunidad de ser un buen ciudadano, las escenas más entrañables de 'Qué bello es vivir' se alumbran inevitablemente en la memoria del lector. Por supuesto, es una narración de otro tiempo, una apología de la bonhomía, el reverso sumamente amable de la descarnada 'Las uvas de la ira', escrita veinte años después en un país que ha sufrido la devastación de la crisis económica de 1929.

Nos hallamos ante un relato con un indudable regusto naif, revestido por una sutil, leve ironía, fiel al estilo de los cronistas decimonónicos, corriente en la que se formó Morley (1890-1957) y que anticipa la literatura anglosajona. Pero, sobre todo, y ahí radica su magia, la novela es una abierta declaración de amor por la lectura, a su inmenso poder para enriquecer la existencia de las gentes, cambiar mentalidades y abrir horizontes, un objetivo en el que participan muchos de los libros que se publican cada día en todo el mundo y por el que clamó el autor de 'La librería ambulante' incluso desde su propio epitafio.

LA LIBRERÍA AMBULANTE

Autor: Christopher Morley. Trad.: J. S. Cárdenas. Novela. Editorial: Periférica. 182 páginas. Cáceres, 2012. Precio: 16,75 euros

Historias crueles

:: G. E.

La ambición, el deseo brutal y el amor, la ingenua convicción de que el otro aporta la felicidad, la inocencia y el abuso sexual son algunos de los motivos que animan los cuentos de Eugenia Rico recogidos en 'El fin de la raza blanca'. El relato breve representa una prueba de fuego para los escritores, el reto a la capacidad de concisión y el pulso narrativos. Pero, además, pedimos a los especialistas del género que sus historias compartan una atmósfera, requerimos cierta conexión y no perdonamos la tentación de convertir la incursión en un cajón de sastre. En este caso, el recurso común es la crueldad.

Aunque los hechos se sitúen en la Gran Guerra o en nuestra pavorosa contienda civil, todos los argumentos destilan esa viscosa sensación de dolor inferido, con sutileza, casi inconscientemente, o añadiendo la mayor de las violencias, en ejercicios de cierto masoquismo o de arrebatado sadismo. Se inflige daño, pero nunca de forma gratuita. Ahí no acaban las demandas porque, además, exigimos que consiga mantener la atención del lector. Por fortuna, este caso supone una de las excepciones a la norma. Sí, ella misma advierte del peligro estableciendo una degradación que nos conduce al infierno. Nosotros lo comprobamos con la inquietante sensación de que cada título da paso a otra mórbida experiencia, pero también podemos alegar que nadie ha dicho nunca que la buena literatura esté hecha, necesariamente, de buenas intenciones.

EL FIN DE LA RAZA BLANCA

Autora: Eugenia Rico. Novela. Editorial: Páginas de Espuma. 101 páginas. Madrid, 2012. Precio: 14 euros

la jet de papel

Kurt Vonnegut
Escritor

Una novela corta inédita de Kurt Vonnegut, publicada digitalmente, se ha colocado en el primer puesto de la lista de libros electrónicos más vendidos en EE UU. Vonnegut, fallecido en 2007, fue uno de los escritores norteamericanos más apreciados del siglo XX, en especial por su novela 'Matadero cinco'. El libro publicado ahora se titula 'Basic Training', fue escrito en los años 40 y algunos críticos han visto en él la influencia de J.D. Salinger. En la editorial digital Rosetta Books afirman que contiene ya todos los grandes temas de Vonnegut: «No confíes en nada; no confíes en nadie. Las únicas cosas constantes son el absurdo y la resignación, que no nos protegen del vacío, pero permiten aguantar».

Rabee Jaber
Escritor

El escritor libanés Rabee Jaber ha obtenido el Premio Internacional de Ficción Árabe, conocido como el Booker arábigo. Jaber, de 42 años, es el autor más joven en recibir este premio, asociado con la Booker Prize Foundation, de Londres, y patrocinado por los Emiratos Árabes, que concede al ganador 50.000 dólares. La novela premiada, 'El druso de Belgrado', transcurre en Beirut en los años 1860. El protagonista es un vendedor de huevos que asume la falsa identidad de un luchador druso que, tras la guerra civil, es enviado al exilio. El libro narra su encarcelamiento durante doce años y sus posteriores experiencias en Belgrado y otros lugares de los Balcanes. Jaber ha publicado 17 novelas en Líbano.

la mirada

¿Has ido a la exposición?

:: ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

La relación del arte, pintura y escultura sobre todo, con el gran público siempre me ha llamado la atención. Los museos del mundo están llenos de turistas que aprovechan su visita a otros países para echar una ojeada a sus tesoros artísticos. En Italia, por ejemplo, es imposible acudir a ninguna de las galerías importantes sin la llamada 'prenotazione' (reserva) que muchas veces tiene más de una semana de espera. Lo mismo sucede con las muestras temporales o antológicas que se exhiben en los museos de muchas ciudades, abarrotadas por ciudadanos del lugar. Si fuéramos a pensar que el interés por la cultura de la gente guarda esa proporción cuantitativa, estaríamos en la más feliz de las suposiciones: «Tó er mundo é curto». Sin embargo, creo que cometeríamos también el más inocente de los errores. El público no lee libros con ese masivo entusiasmo, ni acude a conciertos de música culta haciendo colas de horas, ni va tanto al teatro, ni frecuenta los cines donde anuncian películas de elevado nivel intelectual. ¿Por qué? La respuesta más directa sería pensar que el arte llega más y más directamente a los ciudadanos; pero yo, desconfiada por naturaleza, tiendo a pensar que no es así. ¿Motivos económicos? Un libro, en especial las ediciones de bolsillo, tiene un precio más que asequible; por no hablar de la posibilidad de sacarlo de una biblioteca pública. Hay conciertos a precios populares y el teatro o el cine tampoco se suben a la parra hasta el punto de que una economía media no pueda acceder a una representación.

Yo buscaría la explicación en algo muy sencillo: el esfuerzo que exige cada rama de la Cultura al sujeto que pretende disfrutarla. Leer requiere atención, tiempo y dedicación. Además, no está mal visto socialmente que uno diga que no ha podido tragarse el 'Ulises' porque es un coñazo o 'Guerra y paz' porque está desfasada. Por el contrario, siempre queda muy bien afirmar que te ha encantado la última exposición a la que has ido «porque era una ocasión única» de ver esos cuadros en tu ciudad. Una especie de obligación, que se hace ineludible en el caso del turista. ¿Qué podremos pensar de un tipo que viaja a París y no entra en el Louvre? Pues que es una bestia parda que solo pensaba en hincharse de foie. ¿Y del que nunca lee porque no tiene tiempo, qué pensamos? Nada demasiado malo en realidad. Las razones sociales obligan más en Arte que en ninguna otra disciplina, pero es sin embargo el esfuerzo quien se lleva la parte del león. ¿Qué cuesta mirar un cuadro? Nada, solo mirar. Si entendemos o no lo que estamos viendo esa es otra cuestión.

diálogos mínimos

:: JUAN BAS

– ¿Sirvió de algo lo que le dijiste?
– Como silbarle a un pez.

– ¿La señora tomará whisky?
– No, Néstor. El whisky me afecta a las piernas.
– ¿Acaso se le hinchan a la señora?
– No, Néstor. Se me separan

– ¡Qué vergüenza! ¡Cómo vuelves a casa!
– ¿Vergüenza? Es épico. No sabes lo que me está costando.

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW